

Recio Morales, Óscar, *Alejandro O'Reilly, inspector general. Poder militar, familia y territorio en el reinado de Carlos III*, Madrid, Sílex, 2020, 514 págs. ISBN: 9788477378372.

Conozco a Oscar Recio desde hace años, y siempre me ha parecido un gran investigador y un agudo analista del periodo que estudia, abordando temas centrales que a estas alturas constituyen todo un tópico historiográfico: los militares de la Ilustración, su formación en las academias militares de la época de Carlos III, y especialmente el papel de los extranjeros en el ejército borbónico y más concretamente de los irlandeses.

Cuando supe que Recio Morales adelantaba una monografía y biografía -aunque ésta no lo es del todo- sobre Alejandro O'Reilly, me alegré infinito porque supe que al fin el personaje tendría el estudio que merece. Y no era por la simpatía que yo pudiera sentir hacia el militar irlandés: es difícil que Don Alejandro genere ese tipo de emociones, sino más bien la contraria, tan parecido en este sentido a su valedor Carlos III. De carácter adusto y hosco, incluso áspero en ocasiones, tanto por sus frases -que a veces asemejan ortigas- como por su comportamiento, y conociendo la copia de maldispuestos -cuando no algo peor- que fue dejando tras él, el Inspector General no cae simpático. No en balde en propia vida se ganó los calificativos -muchas veces con todos los méritos- de "O'Reilly el sangriento", "el General Desastre", o, con más empeño de insultar, "el cojo", más eufemísticamente "pata galana", resultado de una herida de guerra. Pero no es para extrañarse: al mismo Carlos III le llamaban "perito en ruinas", por su afición a la arqueología y a las poco acertadas operaciones militares y navales que emprendió.

Estudiando, como he hecho por años, el reformismo borbónico en América, me he encontrado con O'Reilly a la vuelta de cada esquina. Tanto en primer plano (en Cuba, Puerto Rico o Luisiana) como por su enorme influencia e impacto de sus órdenes, sus reglamentos, sus disposiciones, en México, Cartagena de Indias, Venezuela, Panamá, incluso en Lima o Chile. Me inicié con los textos de un antiguo amigo, Bibiano Torres, que ya había escrito un trabajo sobre él, *Alejandro O'Reilly en las Indias* (EEHA, CSIC, Sevilla) nada menos que en 1969. Luego, el militar irlandés me ha seguido apareciendo en la documentación americana del periodo, tratando todo tipo de temas y asuntos; y también en la Península, por supuesto: en la Corte, en Ávila, en Cádiz y El Puerto (recuerdo conversaciones sobre el irlandés con mi querido y admirado amigo Juan José Iglesias). No cabe duda de que O'Reilly no fue solo un prototipo del proyectista/ militar/ político de la época, sino una figura importante de la segunda mitad del siglo XVIII español. Y además bien controvertida, no solo por lo que escribió, ordenó o programó, sino por lo que otros dicen u opinan del personaje, y no siempre bien, como indiqué. Anota Oscar Recio, con toda razón, que Don Alejandro provocaba a la vez amor y odio, estimación y envidia, admiración y desprecio, alabanza y sátira, entusiasmo y rencor. Las páginas de este libro dan buena cuenta de todo ello.

Y así es cómo hay que entrar en esta estupenda monografía de Oscar Recio: aprovechando la vida del Inspector General a manera de altozano para observar desde su figura lo que estaba sucediendo en la Corte de Carlos III, quiénes fueron sus compañeros de viaje -Wall, Esquilache, Grimaldi, Arriaga, Ricla, Bucareli, los Gálvez, Aranda, Campomanes, Olavide, Floridablanca, Jovellanos, Muniáin, tantos...- y cómo y por qué proyectaron y planificaron las reformas, tomaron las medidas que adoptaron y actuaron como actuaron, mientras se odiaban, despreciaban, estorbaban, acusaban, detenían, castigaban, desterraban... recíprocamente (Ensenada, Esquilache, Olavide, Aranda, Floridablanca...)

En fin, el libro de Recio Morales es una muy buena atalaya para observar el reformismo borbónico y la llamada “monarquía ilustrada” española.

En este sentido me ha sido de mucha utilidad releer a la vez las memorias de su amigo y cuasi discípulo -luego distanciados tras Argel- el sevillano Francisco de Saavedra y Sangronís, *Los decenios* -que cuenta con varias ediciones-, para contrastar las opiniones cruzadas de ambos sobre los mismos sucesos, los mismos personajes, el mismo proceso. Así como el trabajo del maestro José Antonio Escudero sobre Aranda (México, UNAM, 2014 y Madrid, BOE, 2020) por las mismas razones. Muchas coincidencias que ofrecen muchas luces, nunca mejor dicho, sobre este tiempo ilustrado, repito, aún poco conocido y menos explicado.

Hay que aclarar, como indiqué, que esta obra de Recio Morales no es una biografía al uso. Creo que tampoco lo pretende ser, sino un texto que permite realizar una mirada de conjunto sobre el periodo, y una guía ordenada para manejar los muchos elementos y personajes que aquí se conectan, pues su escritura cronológica proporciona coherencia al total del relato.

Transitamos de la mano de O’Reilly (y naturalmente del texto de Oscar Recio) el tiempo y la geografía del siglo XVIII, desde su Irlanda natal en 1723, su familia, las aspiraciones de ésta al enviarlo junto con otros dos hermanos a hacer carrera en el ejército del rey de España, pasando enseguida por su experiencia militar, la que inicia como niño-cadete de 12 años en el regimiento de Hibernia, donde permanecería nada menos que 23 años, y donde tuvo tiempo de aprender todas las mañas y artes -buenas y malas- de la vida de cuartel, e incluso de la guerra, ya que en 1743, siendo subteniente, resultó herido en una pierna en la batalla de Camposanto en Italia, y salvándose de milagro de ser ensartado de un bayonetazo. Su cuota de sangre y su empeño en seguir su carrera le permitieron ascender al empleo de Sargento Mayor del regimiento.

Fue luego nombrado, a petición propia, observador en Viena en la guerra entre Prusia y Austria, en el ejército del Imperio austriaco en 1758, desde donde escribía que “no hay día que no esté doce horas a caballo para reconocer y enterarme de todo”. Ese era O’Reilly como oficial. Siguió su participación en la guerra de Portugal, la llamada “guerra fantástica”, que acabó de Brigadier, pero antes, cerca de Vila Real, hasta donde penetró al mando de un ala del ejército, casi lo matan unos campesinos lusitanos muy enfadados con las tropas españolas. Demasiada confianza en sí mismo y sus fuerzas.

Ascendido a inspector general de tropas, fue enviado a Cuba a reparar el siniestro total en que había quedado La Habana tras la conquista británica del 62, conmocionando la isla con sus decisiones militares, políticas y económicas, regresando a la Corte para verse involucrado en 1766 en la represión del motín contra el ministro Esquilache, donde de nuevo casi resulta linchado por una cuadrilla de exaltados en el centro de Madrid, a la que se encaró con su proverbial altane-

ría, siendo rescatado de sus manos por un capitán, José Cadalso, gran escritor y muerto en un bombardeo en Gibraltar. Y al respecto viene un paréntesis que tiene que ver con el personaje: parte de esta generación ilustrada que O'Reilly y otros construyeron a golpe de madrugadas de estudios en las academias, entre manuales de álgebra, geografía, poliorcética y ejercicios en campo abierto, algunos de ellos grandes científicos e ingenieros, morirían inicuamente como tantos otros en arriesgadas, mal planteadas y a veces imposibles operaciones militares y navales, como el brillante oficial y gran matemático Benito Bails, de un tiro en el desembarco de Argel, el mismo José Cadalso en Gibraltar, de un cañonazo, o el marqués de la Romana, también en la playa argelina, bajo la triste mirada inútil e inerte de sus compañeros, como Francisco de Saavedra, que no perdonarían a O'Reilly aquel disparate. Tanto ilustrarse para morir así, escribía.

En 1770 O'Reilly fue remitido a la Luisiana para poner orden en aquella colonia recibida de Francia, donde actuó con dureza contra los que consideró traidores a su rey. Y volvió a Madrid como el pacificador de “aquella descarriada provincia”, ahora “fiel y obediente a su monarca”.

A la vuelta a España fundó la Academia para Oficiales del ejército, que estableció en Ávila (1774), y al año siguiente se le encargó que organizara la expedición contra Argel, que acabó en un desastre mayúsculo, como hemos dicho, con miles de heridos y centenas de muertos, en una operación tan baldía como costosa. A pesar del fracaso y de hallarse con una opinión pública -en la Corte, en la calle y en el seno del propio ejército- más que en contra, Carlos III le concedió el cargo de capitán general de Andalucía en 1775 -en realidad un retiro dorado- estableciéndose en el Puerto de Santa María, donde fundó otra academia y realizó numerosas obras públicas, alguna de las cuales acabó en tragedia. Pasó luego a Cádiz, donde acabó dimitiendo por lo que consideró sucesivos desplantes recibidos del gobierno contra su autoridad y galones. Un gobierno, ahora el de Carlos IV, donde ya no era reconocido. Lo destinaron a diversas tareas de reconocimiento e inspección de las unidades y defensas en Galicia, Asturias y Valencia, viéndose depositado en una vía muerta, de donde fue sacado in extremis para que, con su veteranía, dirigiera la guerra contra la Convención francesa en el Rosellón que acababa de estallar. Primero se le quiso enviar a Tolón, donde se habían desatado en 1793 todas las furias del infierno revolucionario, para intentar defenderlo y salvar los restos de la armada real francesa; pero cuando Tolón fue rendido a las tropas de París, se le ordenó no embarcar sino dirigirse al frente del norte de Cataluña, tras la muerte de su amigo el general Ricardos. Cuando se encaminaba al terreno de operaciones en 1794, falleció en la albaceteña localidad de Bonete a los 71 años, víctima del tabardillo. Esta vez no alcanzó a la guerra, ni la guerra lo alcanzó a él. El tifus, sí.

Como vemos, Oscar Recio nos hace atravesar de punta a punta esta biografía no biográfica, que por su intensidad y extensión en el tiempo da mucho juego, escrita con trazo fino y sobriedad de estilo, casi orreiliano, si se me permite la expresión. Y hay que destacar uno de sus aportes principales: un aparato documental que solo puede considerarse como extraordinario. Extraordinariamente meticuloso, extraordinariamente apropiado, extraordinariamente bien comentado, extraordinariamente completo, pero que también demuestra la extraordinaria cantidad de tiempo y esfuerzos que el autor ha debido emplear para recopilar tanto y tan preciso material.

De la obra surgen un O'Reilly y un periodo cuyo entramado resulta menos brillante de lo que podía suponerse. No, la ilustración española no brilló como se ha

podido suponer y algunos han querido propagar. Decía O'Reilly a su amigo Antonio María Bucareli, que “todo en América es difícil”; en realidad podría haberle dicho que todo en su vida, en esos años, le había sido difícil. Pero es que este tiempo que aquí se trata, producto de los que lo hicieron, fue así: difícil.

Y está pintado el personaje frase a frase, apartado a apartado, página a página, en este libro/atalaya. Su carácter y su determinación por lograr lo que consideraba necesario -que a veces rayaban en un rigor que solo para él parecía tener sentido-, le hacía ser despótico, en el sentido más “ilustrado” del término. Aplicando lo aprendido en Austria -tácticas, tiempos del ejercicio, voces, maniobras de avance, carga y retirada, manejo del arma, órdenes de formación, posiciones y evoluciones de la tropa en el campo de batalla-, hacía practicar inclementemente todos los ejercicios y marchas de los regimientos y batallones “a la prusiana”, allá donde actuase como Inspector. En Cuba, por ejemplo, bajo el sol y el calor del trópico, hacía formar a la guarnición mañana y tarde en los patios de la Compañía y de San Francisco, y la obligaba a maniobrar en ejercicios que él mismo mandaba, y luego en el “Campo de Marte”, una explanada que él estableció a tal fin murallas afuera, adonde hacía acudir al vecindario habanero para ver las evoluciones de las tropas. Un contemporáneo describía asombrado cómo durante su estancia en Cuba en 1764, O'Reilly “formó en pelotones al vecindario de blancos, mulatos y negros, y todas las tardes les ha obligado a hacer el ejercicio, de modo que en poco tiempo ha puesto dentro de La Habana 6.800 hombres con sus armas y uniformes, instruidos y considerados por tropa veterana”. Con sobradas dosis de ordeno y mando, obtenía los resultados que pretendía.

Oscar Recio describe con gran precisión y agudeza las claves del personaje: cultivaba -y obligaba a cultivar- una sólida cultura de servicio al rey: “Todo se lo debo al rey”, era una de sus frases favoritas. Otra clave: su severidad, conjugando su carácter resolutivo con su actitud enérgica a la hora de exponer y mantener sus ideas -incluso ante Carlos III, y especialmente ante sus ministros- encontrando más comprensión que reprensiones en el monarca, aún en los momentos más difíciles, tras el desastre de Argel, por ejemplo, aunque no le librara del destierro -dorado, pero destierro, lejos de la Corte- al que le envió en Cádiz.

Otra de las aportaciones de esta obra es explicar cómo O'Reilly manifestaba continuamente una férrea voluntad de reforma, no solo del ejército sino de la sociedad en su conjunto, desde sus instituciones hasta el último de los reales súbditos; reformas que consideraba como la única salida que tenía un reino tan desproporcionadamente grande, mal gobernado -o indolentemente gobernado- poco instruido y falto de cohesión interna, afirmaba.

Una reforma que deseaba encarnar en la generación de militares-técnicos-ilustrados que quiso formar en las academias que fue estableciendo en Ávila y El Puerto de Santa María; generación única en la historia militar española, que Recio Morales señala y desgana en sus personajes. Espíritu de reforma que, insistía repetidamente el Inspector, había que multiplicar; como si militarizar a la sociedad, a partir de la profesionalización de los oficiales y soldados, fuese la única manera de ordenar a dicha sociedad y con ella al reino, para hacerlo progresar en todos los órdenes. Mediante el uniforme y la marcialidad, la limpieza, el mantenimiento del escalafón a partir de los valores de la sangre -linaje-, del valor, la antigüedad y el mérito, procurando demostrar el necesario triunfo del estudio y a la vez del tesón y la inteligencia, “haciendo uso de sus luces”, señalaba, acompañado todo lo anterior por una aplicación infatigable, se pretendía dignificar al militar como representante de la autoridad real,

y con él a todos los que pasarían a comportarse como fieles súbditos del monarca.

Una última nota sobre este libro: en sus páginas podemos aprender, a través de los O'Reilly (sus hermanos y los hijos de Don Alejandro, y su esposa e hija) cómo funcionaban los mecanismos de ascenso social, político y económico, en el seno de esta generación reformista ilustrada. El establecimiento de su hijo Pedro Pablo en Cuba, su matrimonio y su posterior acceso a la grandeza de España, sirven de ejemplo para esto que indicamos.

Bueno, todo lo anterior es una invocación a la lectura y al estudio de este libro de Oscar Recio. Con la muerte de O'Reilly se pone punto final a un periodo, pues como es sabido Carlos IV y la política que aplicó, en tantas cosas tan distinta a la de su padre, provocaron la llegada al poder de hombres nuevos como Godoy y su cámara de influencers, y con ellos el definitivo alejamiento de la corte de la vieja guardia de "los tres condes" (O'Reilly, Aranda y Floridablanca). Además, la revolución de 1789 se llevó muchas cosas por delante: las reformas, entre otras.

Su amigo Jovellanos escribió en su *Diario* (Gijón, 2008): "Murió el pobre don Alejandro O'Reilly... Monstruo de Fortuna, de quien recibió tantos favores como agravios"; aunque seguramente el Inspector General hubiera preferido los versos de Quevedo, "Yo he hecho lo que he podido, Fortuna lo que ha querido".

Juan Marchena Fernández
Universidad Pablo de Olavide
jmarfern@upo.es